

Ponencia

*Historia intelectual: la retórica como clave de lectura**

José Murilo de Carvalho

Universidad Federal de Río de Janeiro

El artículo propone el uso de conceptos y prácticas relacionados con la retórica como un instrumento de análisis para pensar la historia intelectual del Brasil. La historia intelectual es definida en sentido estricto, esto es, como la historia de formas discursivas de pensamiento, dejando de lado tanto la crítica literaria como lo que por convención se llama historia de las mentalidades. En principio, se hará una breve descripción del estado de la historia intelectual en el Brasil. A continuación se examinará la tradición retórica heredada de Portugal. Por último, se harán sugerencias sobre maneras de usar esta tradición como clave de lectura. Si bien el análisis se refiere originalmente al contexto brasileño, es posible que se aplique también a otros países de América Latina que comparten con el Brasil rasgos culturales comunes.

La historia intelectual en el Brasil: breve retrospectiva

Es posible afirmar que la historia intelectual, o historia de las ideas, hecha en el Brasil se limitaba hasta hace muy poco tiempo a dos tipos de enfoque. El primero, de larga

tradición, se asemejaba a la práctica, usada en la filosofía, de exponer el pensamiento de cada pensador de forma aislada. Se trataba de una historia centrada en el pensador, con el supuesto de que era posible interpretar sus ideas con exactitud. Los autores con interés por la historia sumaban, a la reproducción de las ideas, un cierto esfuerzo por situar al pensador en su contexto social. La vinculación entre idea y contexto era más o menos estrecha, de acuerdo con la convicción metodológica de cada autor. Ejemplos de este tipo de trabajo se encuentran en las diversas historias del pensamiento político, jurídico, filosófico, sociológico, económico, etc., todas de innegable utilidad (Paim, 1967; Saldanha, 1978; Chacon, 1977; Costa, 1956a; Lima, 1976; Machado Neto, 1969).

Algunos historiadores de las ideas iban un poco más lejos. En lugar de estudiar autores aislados, buscaban agruparlos con el propósito de identificar familias intelectuales construidas en torno de ciertas corrientes de pensamiento. Estas corrientes se definían casi siempre de acuerdo con las categorías clásicas de liberalismo, positivismo, socialismo, fascismo. De este modo, surgieron historias del pensamiento positivista, socialista, liberal (Costa, 1956b; Lins, 1967; Barreto, 1973; Chacon, 1965). Algunos buscaban otras clasificaciones, como

* Traducción: Ada Solari.

pensamiento conservador, autoritario, etc. (Mercadante, 1965; Medeiros, 1987). En esas historias, los pensadores eran agrupados y se examinaban sus puntos de coincidencia y de desacuerdo, estableciéndose cierta intertextualidad. Historias más recientes combinan análisis de pensadores, de corrientes y del contexto institucional (Barreto y Paim, 1989).

Sin negar la importancia de esos estudios, incluso porque eran los únicos disponibles, es necesario decir que contenían una buena dosis de ingenuidad analítica. En ningún caso aparece una discusión metodológica sobre la naturaleza del ejercicio que se llevaba a cabo. La crítica no es injusta, ya que todos esos trabajos fueron publicados después de 1936, fecha en que apareció el libro de Arthur O. Lovejoy, *The Great Chain of Being*, que, junto con el *Journal of the History of Ideas*, creado por el mismo Lovejoy en 1940, pueden ser considerados como los marcos iniciales de la creación de la disciplina o subárea llamada hoy historia de las ideas o historia intelectual.¹ Sería inútil buscar en las historias mencionadas cualquier tipo de discusión sobre autoría, recepción, lenguaje, texto. La autoría era dada como el determinante principal, si no el único, del texto. El interés por la recepción se limitaba a alguna información vaga sobre la influencia que habían ejercido los autores estudiados. No hay nada acerca del lenguaje, del texto o de la escritura. Esta literatura quedaba al margen de los debates y de las teorías sobre el tema desarrollados en los últimos 50 años.

El segundo grupo de estudios está más vinculado con las ciencias sociales que con la historia o la filosofía. Con pocas excep-

ciones, es menos abarcador, no pretende hacer historias generales de ideas, se limita a uno u otro autor, o a una temática. Es posible afirmar que la inspiración mayor de esos trabajos proviene de la sociología del conocimiento tributaria de Marx y de Mannheim. Predomina el propósito, ahora más sistemático que el del grupo anterior, de interpretar las ideas como ideologías vinculadas con los intereses de grupos y de clases sociales, o incluso del estado (Mota, 1978; Santos, 1978). Se trata de análisis más elaborados y profundos. Algunos, como el de Lamounier, se asemejan al abordaje de Pocock, en la medida en que buscan descubrir y caracterizar lenguajes particulares, como el de la ideología del estado (Lamounier, 1977; Pocock, 1990). Se incluyen también en este grupo de estudios los intentos de desarrollo de una sociología de los intelectuales (Pécaut, 1989; Miceli, 1979).

El abordaje ligado a la sociología del conocimiento, además de sus contribuciones innegables, tiene también limitaciones. El énfasis en el autor se desplaza simplemente al contexto, definido en general como modos de producción o conflictos de clases. El contexto determina el pensamiento. Las limitaciones de estos análisis se pueden ver con claridad en un ruidoso debate que tuvo lugar en la década del setenta sobre el lugar de las ideas. Se trata del debate entre Roberto Schwarz y Maria Sylvia de Carvalho Franco (Schwarz, 1977; Franco, 1976). En pocas palabras, Schwarz afirmó que las ideas, sobre todo el liberalismo, en el Brasil del siglo XIX y al menos hasta 1930, estaban fuera de lugar. El liberalismo habría surgido en Europa como producto ideológico del capitalismo triunfante. Importado a un país en el que predominaba el modo de producción esclavista, dejaba de ser incluso una ideología enmascaradora de la explotación del trabajo, como lo era en Europa. Se tornaba comedia ideológica, un divertimento

¹ Para una visión general y crítica del recorrido de la versión norteamericana de la historia de las ideas a partir de la obra de Lovejoy, véase Donald R. Kelley (ed.), *The History of Ideas. Canon and Variations*.

de las élites vacío de sentido, reducido a un verbalismo ornamental. Franco respondió que el Brasil, no obstante ser esclavista, era parte integrante del sistema capitalista mundial. No habría ninguna distinción esencial entre las partes del sistema, orientado en su totalidad a la búsqueda del lucro. Las ideas importadas estarían en el Brasil, por consiguiente, perfectamente en sus lugares. Su producción y circulación estarían determinadas internacionalmente por el sistema capitalista global. La autora, al fin, acusó a Schwarz de retroceso ideológico por separar la situación brasileña del capitalismo internacional, debilitando de esa manera la radicalidad de la crítica al sistema capitalista.

A pesar de la divergencia ideológica, vista como radical, desde el punto de vista del estilo de análisis, de la teoría del conocimiento, los dos opositores no se distinguen, están en el mismo campo. Ambos analizan las ideas a partir de la hipótesis de su determinación radical por el contexto social. Y el contexto es definido de manera estrecha como modo de producción. Fuera de esta determinación, las ideas pierden su contenido, incluso ideológico, y se vuelven comedias inútiles. Schwarz, al menos, al admitir la existencia de lo que llama una ideología del favor, que regiría las prácticas sociales entre señores, no reduce a los brasileños a meros imitadores de los europeos, totalmente destituidos de creatividad. Pero, naturalmente, la ideología del favor es, también ella, producto de las relaciones sociales generadas por el modo de producción esclavista.

En años recientes, sobre todo en tesis universitarias, algunas aún no publicadas, se percibe la incorporación en los análisis de los nuevos enfoques, ya sea de modo explícito (Araújo, 1988; Carvalho, 1997), ya sea "*sans le dire*" (Carvalho, 1991). En esos trabajos, así como en el de Lamounier, están presentes un tratamiento explícito del

estilo, o la investigación de valores meta-históricos que configuran los textos, o la búsqueda de lenguajes (en el sentido de Pocock) históricamente construidos y transmitidos de texto a texto a lo largo de períodos históricos extensos. Un buen ejemplo de esto lo constituye el intento de reconstruir los lenguajes del americanismo y del iberismo a lo largo de más de un siglo de historia (Vianna, 1997).

A pesar de estos avances, hay que reconocer que la problematización en la práctica de la historia intelectual en el Brasil es aún escasa. La crítica literaria ha avanzado mucho más rápido y, sobre todo, ha ido más lejos, como era previsible, en la incorporación del debate lingüístico y de la teoría de la recepción. Por cierto, la fecundación mutua entre la crítica literaria y la historia intelectual podría traer aparejados avances más significativos.

Ha faltado, sobre todo, una reflexión más profunda sobre los problemas específicos que enfrenta la historia intelectual en los países poscoloniales. La proximidad occidental, generada en un proceso de dominación colonial de larga duración, vuelve particularmente compleja la tarea de interpretar la vida intelectual de esos países. Con esto no se pretende afirmar que son los únicos que importan ideas. La circulación de ideas es un fenómeno universal. La Revolución Francesa fue tributaria de ideas y de valores estéticos del mundo antiguo, sobre todo de Roma, y lo mismo podría afirmarse en el caso de la Revolución Americana. Sin embargo, Iberoamérica parece mostrar dos características que la distinguen, en el punto que me interesa aquí, de otros países generados por la expansión europea. La primera se vincula con el hecho de que la colonización fuese controlada por el estado metropolitano. En este sentido, el control del sistema educacional ejercido por el estado y por la Iglesia oficial revistió una importancia par-

ticular. Incluso en aquellos lugares donde hubo mayor difusión de la educación superior, como en las ex colonias españolas, el control de las currículas, de los compendios, de las ideas y de los métodos didácticos era riguroso. En el caso de la colonia portuguesa, el control era aún más rígido, en la medida en que allí se prohibió la creación de universidades y de escuelas superiores, lo que obligó a que los coloniales buscasen la enseñanza superior en la metrópolis.

La segunda característica, a menudo señalada, se refiere a la tradición occidental a la cual se filió Iberoamérica y que José Guilherme Merquior, inspirado por el incitante trabajo de Richard Morse, llamó el "otro occidente" (Merquior, 1990; Morse, 1982). Esta característica es significativa no sólo por las diferencias entre Iberia y el mundo anglosajón en el ámbito de las ideas, de los valores, de las visiones del mundo, aspectos destacados por Morse, sino también por los contrastes en el ámbito del lenguaje, de los estilos de pensamiento, de los modos discursivos, de las prácticas retóricas. Me parece que esta última especificidad no ha sido estudiada de manera adecuada, no obstante el lugar central que ocupa a partir del "*linguistic turn*" que realizó la historia intelectual. El giro lingüístico no puede ser ignorado, aun cuando no se admitan las posiciones radicales que reducen todo al lenguaje o al texto.

El estilo retórico

"[...] la verborragia hueca, inútil y vana, la retórica, a veces técnica, a veces pomposa..."

M. Bomfim

La última observación planteada conduce a la discusión sobre las peculiaridades culturales vinculadas a estilos de pensamiento. Al leer en una oportunidad un texto de Oli-

veira Viana, un influyente sociólogo brasileño de la primera mitad de este siglo, encontré una observación que me hizo advertir un aspecto que hasta entonces no me había parecido relevante. Viana explicaba la pequeña repercusión de la obra de su maestro Alberto Torres por el hecho de que éste casi no citaba autores extranjeros. Sus textos se referían casi siempre a sus propias obras. Según Viana, esta táctica era fatal en el Brasil. Sin citas de autoridades extranjeras, ningún pensador nacional podría ser tomado en serio. Viana puso en práctica su receta y citó siempre en abundancia, no obstante ser, en muchos aspectos, un pensador original. Varios estudiosos ya advirtieron acerca de su manera peculiar de citar, que distorsionaba a menudo el pensamiento del citado en favor de la confirmación de sus tesis.

La observación de Oliveira Viana me llevó a recordar un estudio que había realizado antes acerca de los debates en el Consejo de Estado imperial. El Consejo estaba formado por un número pequeño y selecto de personas (12 consejeros, más un ministro y el emperador). Los consejeros constituían el vértice de la élite política de la época. Se trata de un grupo homogéneo de personas que no tenían ante sí un auditorio diverso y mal informado, al que fuese necesario impresionar y convencer por medio de la exhibición de erudición. Sin embargo, allí también, los discursos se caracterizaban por las abundantes citas de autores extranjeros, además de las numerosas expresiones latinas. Lo más curioso es que frecuentemente se usaba la misma autoridad para justificar posiciones divergentes. Más aún, podía ocurrir que la cita se hiciese para sancionar un determinado discurso que, no obstante, se abandonaría a la hora del voto sobre cuestiones prácticas. El consejero se lamentaba, entonces, de que las circunstancias del país lo obligasen a alejarse de la "buena

doctrina”, casi siempre postulados liberales (Carvalho, 1996).

Me encontraba, sin lugar a duda, ante un fenómeno vinculado con los estilos de pensamiento y de discurso. Otros estudios ya me habían señalado pistas en esa misma dirección, a pesar de que no les prestase la debida atención. Uno de los más famosos discursos dados en el Senado imperial pasó a ser conocido como el discurso del sorites o como el “sorites de Nabuco” en referencia a su autor, el senador José Tomás Nabuco de Araújo. El discurso fue pronunciado en 1868, en medio de una grave crisis política, marcada por la vuelta de los conservadores al poder en sustitución de los liberales. El sorites era el siguiente:

El Poder Moderador puede llamar a quien desee para organizar ministerios; esta persona hace la elección, porque debe hacerla; esta elección hace la mayoría. He aquí al sistema representativo de nuestro país (Nabuco, 1975:663).

Nabuco hacía una denuncia contundente del mecanismo representativo del Imperio y sin duda el tema del discurso tuvo que ver con su repercusión. Sin embargo, lo sorprendente es que el discurso pasó a ser conocido no por el tema o por el argumento, sino por la forma, extraída de los compendios de lógica.² El mismo Nabuco anunció la forma del razonamiento al decir: “Ved este sorites fatal, este sorites que acaba con la existencia del sistema representativo”. El anuncio muestra que el senador estaba plenamente consciente de lo que hacía: él quiso formular sus ideas en un sorites, convencido sin duda del impacto que podría tener la forma

² En este sentido, vale la pena recordar que un senador del Imperio publicó en 1834 un compendio de lógica adaptado a las escuelas brasileñas (Pereira, 1834).

entre sus oyentes. La forma tenía tanta fuerza que fue transmutada en agente político: es el sorites el que destruye el sistema representativo. Una muestra del impacto del sorites está dada por el hecho de que 31 años después un intelectual de la República lo retoma y lo rehace para describir el sistema representativo del nuevo régimen:

El presidente de la República hace a los gobernadores de los estados; los gobernadores hacen las elecciones; y las elecciones hacen al presidente de la República (en Paim, 1980:65-66).

Volviendo a Oliveira Viana, se encuentran en su obra frecuentes y enfáticas críticas a la tendencia brasileña, en particular la de los políticos liberales, hacia la “política silogística”, hacia el palabrerío y la verborragia. Mucho antes que él, otro ensayista, un médico de formación, había hecho una larga catilinaria contra la ausencia de espíritu de observación y el predominio del discurso libresco, no sólo en el Brasil sino en toda América Latina. Creo necesario transcribir una cita más larga:

Por todas partes, la verborragia hueca, inútil y vana, la retórica, a veces técnica, a veces pomposa, la erudición miope, el aparato de sabiduría, una algarabía afectada y ridícula, resumen toda la elaboración intelectual. El verboso es el sabio. [...] De allí proviene la manía por las citas, tan generalizada en las elucubraciones de los letrados sudamericanos; quien más cita más sabe, un discursante es un hombre apto para todo. Se aceptan y se proclaman como los más altos representantes de la intelectualidad: los retóricos inveterados, cuya palabra abundante y preciosa se impone como señal del genio, a pesar de que no se encuentren en sus largos discursos y en sus muchos volúmenes ni una idea original, ni una sola observación propia (Bonfim, 1993:170-171).

Un poco después de Oliveira Viana, Sérgio Buarque de Holanda haría observaciones semejantes acerca de la naturaleza retórica de los brasileños (Holanda, 1984:50-51). El brasileño, según este autor, tendría poca inclinación hacia las especulaciones intelectuales. Tendría, en mayor medida, "amor por la frase sonora, por el verbo espontáneo y abundante, por la erudición ostentosa, por la expresión rara". Inteligencia, para el brasileño, sería más bien ornamento y prenda, y no un instrumento de conocimiento y de acción. Una consecuencia de ese prestigio de la palabra escrita, de esa creencia mágica en el poder de las ideas, sería el *bacharelismo*, la fascinación con el título de doctor. Al intentar hacer una sociología del fenómeno, Holanda lo atribuyó a la aversión por el trabajo manual, propia de una sociedad en la que durante mucho tiempo había dominado el esclavismo, y a la consiguiente exaltación de la actividad mental, del talento. Independientemente de que se coincida o no con su sociología, lo que interesa registrar aquí es el diagnóstico acerca de la importancia, en la cultura nacional, de la palabra sonora, de la frase bien hecha, de la retórica en definitiva.

No sería difícil multiplicar observaciones de este mismo tenor. Se corresponden con lo que en el siglo pasado se llamaba, en el discurso político, "declamación". La declamación equivale en la retórica a la parte de la elocución, sin duda conocida por los políticos, profesores y abogados de la época. Pero lo que más llama la atención en la cita de Manoel Bonfim no es la crítica a la retórica vacía; es el estilo retórico en el que se hace la crítica. El autor, a pesar de su formación médica, supuestamente técnica y basada en lo opuesto del *bacharelismo*, esto es, en la observación de los hechos y no en el brillo de la palabra, gasta siete páginas para hablar mal de la verborragia y lo hace en el mejor estilo retórico, florido y

llenos de redundancias y repeticiones. Para su crédito, logra citar en las siete páginas sólo a un autor extranjero (G. Tarde). Pero en el resto del libro no faltan citas de Darwin, Spencer, Haeckel, Virgilio, Goethe, y muchos más. No hay prueba más convincente del predominio de la retórica que el hecho de que ella misma fuese necesaria para atacarla.

Raíces históricas

"Todo lugar es un teatro
para la retórica."

Verney

El peso de la retórica puede explicarse fácilmente por el análisis de la tradición escolástica portuguesa, sobre todo la que predominó en el Colegio de las Artes y en la Universidad de Coimbra. Por esas dos instituciones pasaron muchos miembros de la élite política e intelectual brasileña de la primera mitad del siglo XIX. El Colegio de las Artes, donde se hacían estudios menores, incluso de retórica, estuvo dominado por los jesuitas desde 1555. Por medio del colegio, los padres de la Compañía controlaban también los estudios de la Universidad, ya que era el paso obligatorio para todos los candidatos a los cursos universitarios. El control se tornó más rígido a partir de la introducción, en 1639, de la *ratio studiorum*, el método de estudio jesuítico, y se mantuvo hasta 1759, cuando los jesuitas fueron expulsados de Portugal y del Brasil.

En el período de dominación jesuítica, conocido como la segunda escolástica portuguesa, dominó la ortodoxia: Santo Tomás y Aristóteles. El profesor que no pudiese coincidir con Santo Tomás en determinada cuestión, debería omitir la cuestión. Y las divergencias que escapaban a la *ratio studiorum* caían en las redes de la censura del

Santo Oficio. Las dos instituciones mantuvieron a Portugal aislado de los avances de la ciencia moderna que se verificaban en el norte de Europa. Mientras que los métodos modernos de investigación y razonamiento se desarrollaban en otros lugares, sobre todo en Inglaterra, alumnos y profesores del Colegio de las Artes y de la Universidad de Coimbra se ocupaban de las *disputationes* escolásticas, citando como autoridades últimas, además de la Biblia, a Aristóteles y a Santo Tomás.

La reacción antijesuítica, liderada por Pombal, se hizo sentir plenamente en el Colegio y en la Universidad, y afectó tanto los estudios menores como los mayores. La reforma de los estudios menores se realizó en 1759 y la de la Universidad en 1772. La filosofía y los planes de la reforma se basaron en la obra del fraile oratoriano Luís António Verney. Su polémico *Verdadeiro Método de Estudar*, publicado en 1746, fue escrito con el propósito de combatir, y sustituir, la *ratio studiorum* (Verney, 1991). Dentro de las preocupaciones pragmáticas de Pombal, la reforma buscaba volver a colocar a Portugal en una posición digna dentro del mundo civilizado y bien educado de Europa, posición de la que se había alejado, según creían los pombalinos, a causa del predominio de la escolástica jesuítica. La civilización eran las ciencias y sus aplicaciones prácticas. En consecuencia, la reforma pretendió introducir nuevas materias, o reformar el contenido y el método de enseñanza de materias antiguas. En el primer caso, se introdujeron en la Universidad la matemática y la filosofía, entendiendo por este término las ciencias naturales, la física y la química. En el segundo, se reformó, dentro de los estudios menores, el método de enseñanza del latín y la concepción de la retórica.

En lo que se refiere a esta última no hubo, de modo previsible, un intento de extin-

ción. Lejos de predicar su abandono, Verney buscó modificar el contenido y ampliar su alcance. Las cartas 5 y 6 del *Verdadeiro Método de Estudar*, dedicadas a la retórica, eran un ataque cerrado al mal gusto de la oratoria portuguesa, al exceso de ornamentos estilísticos, a la afectación, al abuso de los tropos del lenguaje. Con abundantes ejemplos extraídos de sermones, discursos y otros tipos de escritura, Verney muestra el vacío y el ridículo en el que caen los oradores y autores. Ridiculiza el exceso de citas de frases y de autores, las citas sin propósito, las repeticiones inútiles, la exhibición fútil de erudición, los títulos estrambóticos y oscuros, y hasta la impericia en la elocución (en la cual los italianos eran los maestros). Y acusa:

Están todos persuadidos de que la elocuencia consiste en la afectación y en la singularidad y, por esta regla, queriendo ser elocuentes, intentan ser muy afectados en las palabras, muy singulares en las ideas, y muy despropositados en las aplicaciones (Verney, p. 47).

Dicho de otro modo, Verney estaba acusando a los portugueses de practicar una retórica barroca. En la clásica definición de los fines de la retórica, "*docere, delectare, movere*", el barroco portugués enfatizaba el "*delectare*". Verney quería que el énfasis se pusiese en el "*movere*".

Pero, según él, el problema no residía en la retórica, sino en la ignorancia acerca de qué era la retórica. Como arte de persuadir, es utilísima, se aplica a todas las circunstancias de la vida: "todo lugar es un teatro para la retórica". Los portugueses simplemente ignoraban qué era, ya sea por no estudiarla, ya sea por estudiarla en pésimos manuales (jesuitas). El que no la estudiaba no sabía, el que la estudiaba, sabía aún menos. Era necesario reformar radicalmente la

concepción de la retórica y el método de enseñarla. En la tradición de Quintiliano, quería llevar la retórica a la calle, para todos los ámbitos de las relaciones humanas.

El edicto real de 1759, que reformó los estudios menores, traía en un anexo unas "Instrucciones para los profesores de retórica". En ellas, en el espíritu de Verney, se hacía el elogio de la utilidad de la retórica, ciencia que

[...] ordena los pensamientos, su distribución y su ornato. Y, de este modo, enseña todos los medios y los artificios para persuadir los ánimos y atraer las voluntades. Es, pues, la retórica el arte más necesario en el comercio de los hombres, y no sólo en el Púlpito o en la Abogacía, como vulgarmente se imagina. En los discursos familiares, en los negocios públicos, en las disputas, en toda ocasión en la que se trata con los hombres, es necesario conciliar sus voluntades y hacer, no sólo que entiendan lo que se les dice, sino que se persuadan acerca de lo que se les dice y lo aprueben (Andrade, 1981:92).

El mal de la retórica jesuítica, prosigue la "Instrucción", era que se limitaba a la inteligencia de los tropos y de las figuras, una parte mínima y menos importante. Los tropos y las figuras son los andamios del edificio de los discursos. Sin ellos no es posible construir, pero no deben aparecer una vez concluida la obra. Los principales autores antiguos recomendados por la Instrucción son Quintiliano, adaptado por Rolin, Cicerón, Aristóteles y Longino.

Esta posición significaba que, en lo que se refiere a la retórica, la reforma, lejos de vaciarla, reforzó su importancia y le amplió el alcance. Los especialistas en el estudio de las reformas pombalinas afirman de modo unánime que en general los cambios no fueron radicales. Una de las razones de esto fue, naturalmente, la caída de Pombal

después de la muerte de D. José I en 1777. Sin el patrocinio del ministro, el movimiento reformista perdió vigor y retrocedió. Otra razón fue más profunda. El contenido humanista de la reforma de los estudios menores no dejaba de afirmar la importancia de las Letras Humanas (lenguas, retórica y poética) como base de todo conocimiento. A pesar de la influencia de Locke, de su utilitarismo y de su experimentalismo sobre Verney, al parecer sobrevivió, según Joaquim de Carvalho, la estructura expositiva del pensamiento escolástico.³

La política reformista exigió, a partir de 1763, la aprobación de un examen de retórica para la admisión en la Universidad de Coimbra. Para preparar a los candidatos se crearon, a partir de 1759, aulas regias en las principales ciudades de la metrópolis y de la colonia. Las aulas regias sustituían a los colegios de los jesuitas, sus profesores eran aprobados, designados y pagados por el estado. Incluían la enseñanza del idioma vernáculo, del latín, del griego, de la retórica, de la poética y de la filosofía racional. A pesar del pequeño número de aulas regias creadas en la colonia, se puede decir que en el inicio del siglo XIX, en Portugal o en el Brasil, cualquier persona con cierta educación por encima de la alfabetización elemental habría pasado por ellas y, por consiguiente, tendría alguna formación en retórica.⁴ En 1827, cuando se crearon las escue-

³ Sobre las reformas de la Universidad de Coimbra, véase António Alberto Banha de Andrade, *A reforma pombalina dos estudos secundários (1759-1771)*, 3 vols.; Laerte Ramos de Carvalho, *As reformas pombalinas da instrução pública*; Teófilo Braga, *História da Universidade de Coimbra nas suas relações com a instrução pública portuguesa*, y António Paim, *História das idéias filosóficas no Brasil*.

⁴ Para un estudio de los profesores de aulas regias en Río de Janeiro, véase Anita Correia Lima de Almeida, "A República das Letras na corte da América Portuguesa: a reforma dos Estudos Menores no Rio de Ja-

las de derecho en el Brasil, entre los exámenes preparatorios exigidos para el ingreso se encontraba el de retórica. Más tarde, en 1838, se creó en Río de Janeiro el Colegio de Pedro II, equivalente al Colegio de las Artes de Coimbra. Sus cátedras, incluidas las de retórica y poética, eran ocupadas por concurso y fueron a menudo asumidas por figuras prominentes de la cultura nacional. Se publicaron varias tesis de concurso.

La importancia dada a la retórica se revela, más aún, en el hecho de que después de la llegada de la corte del príncipe D. João al Brasil, en 1808, uno de sus principales consejeros, Silvestre Pinheiro Ferreira, más tarde nombrado ministro, había inaugurado un curso de filosofía y de teoría del discurso y del lenguaje. Al no hallar manuales adecuados, escribió él mismo un compendio publicado entre 1813 y 1820 bajo el título de *Preleções Philosophicas*. Su visión de la retórica se parecía a la de Verney y está cerca también de la defendida hoy por aquellos que intentan rescatar la disciplina de la mala fama que la acompaña (Perelman, 1997). Para el autor de las *Preleções*, la retórica no debía separarse de la teoría del lenguaje. Esto es, el arte de pensar no se debía separar del arte de hablar con claridad, la retórica no debía ser un adorno sino un instrumento cotidiano de argumentación y persuasión.

Otro indicador de la divulgación de los estudios de retórica es un compendio de Bento Soto-Maior e Menezes, publicado en 1797. Titulado *Compêndio Rhetórico ou Arte Completa de Rhetórica*, el libro de 300 páginas intenta presentar un método fácil de aprendizaje para las personas curiosas que no pueden asistir a las aulas. Esto es, era una especie de libro que hoy podría llevar el título de “retórica para todos”, o de

“manual del perfecto retórico”. El hecho de que el autor se dispusiese a escribir un compendio de esa amplitud con ese fin indica su convicción acerca de la existencia de un número razonable de “curiosos” fuera de los circuitos académicos, indica cierta popularidad, por así decirlo, de la retórica o de la “ciencia del hablar bien”, como él la define.

El contenido del texto sigue el espíritu de la reforma de Verney. Para Menezes, los maestros de la retórica son Cicerón y Quintiliano. La retórica se destina a enseñar, deleitar y mover. Su fin principal es persuadir, conseguir la adhesión de las personas. Se divide de acuerdo con la naturaleza de los argumentos utilizados. Los argumentos pueden ser demostrativos o laudatorios, característico de los panegíricos (epitalamios, genetlías, oraciones fúnebres); deliberativos o suasorios, que generan discursos sobre lo útil y lo honesto (peticiones, amonestaciones, recomendaciones, concitaciones); y judiciales, apropiados para la defensa o la acusación en el foro.

Hay otros dos puntos del compendio a los que vale la pena referirse dada su importancia para la práctica del debate político. El primero se vincula con la tradición romana de la retórica cívica (Cicerón y Quintiliano), distinta de la tradición formalista aristotélica. La retórica ciceroniana, dice Menezes, exige del orador virtud, bondad, prudencia, benignidad. Las costumbres del orador, y de aquel a quien patrocina, deben ser recomendables. En caso contrario, el orador no pasará de ser un charlatán engañador y no convencerá a nadie. Esto quiere decir que en la retórica, al contrario de la argumentación puramente racional, destinada apenas a convencer, la calidad moral del orador vale tanto como la calidad de sus argumentos. Esto significa también que en la retórica se puede admitir el argumento *ad hominem*, o incluso *ad personam*, es decir, el intento de descalificar al opositor atacan-

neiro setecentista”. Agradezco a la autora el acceso a los documentos de la reforma.

do su calificación moral. El otro punto consiste en la observación de que en la retórica es fundamental tener en cuenta la audiencia a la que se habla. Las audiencias, señala el autor, varían mucho en naturaleza, ingenio, educación, conducta, costumbres; varían según las naciones, los reinos e incluso las provincias. El tipo de audiencia determina el estilo del orador y los argumentos que serán utilizados. La proximidad de esta observación con la temática moderna de la lectura y de la recepción resulta obvia.

Poco después de la creación del Colegio de Pedro II, un antiguo profesor de retórica de un liceo en Pernambuco, padre y militante de la prensa en la década de 1830, publicó un vasto compendio dedicado a la elocuencia nacional (Gama, 1846). En él exalta la importancia de la retórica y buscaba adaptarla al idioma brasileño. Sus maestros son los mismos que los de Menezes: Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, además de varios autores modernos. Gama pone el énfasis en la parte de la retórica dedicada a la elocución, esto es, a la manera de decir, ya que es allí, según él, donde reside la fuerza de la elocuencia: “en la medida en que las cosas no valen tanto por lo que dicen como por el modo, y el tenor, en que se dicen” (Gama, p. 1). Por lo demás, el compendio de Gama no se distingue mucho de los anteriores, lo que demuestra la fuerza de la tradición de la enseñanza de la retórica.

La retórica como clave de lectura

“[...] las cosas no valen tanto por lo que dicen como por el modo, y el tenor, en que se dicen.”

Lopes Gama

La recuperación de la tradición retórica tuvo por finalidad examinar la posibilidad de usarla como instrumento de trabajo en la práctica de la historia intelectual. No es ne-

cesario recordar que este ejercicio está vinculado directamente con el “giro lingüístico” de la filosofía, después transplantado a la crítica literaria y a la historia intelectual. El giro lingüístico se refiere precisamente a la recuperación de la dimensión retórica del discurso. Señalo apenas que mi aceptación de la importancia de tomar en consideración la dimensión lingüística no implica la adhesión a posiciones radicales, como la de la hermenéutica de Gadamer, que nos aprisiona dentro del lenguaje, y menos aún la del escriturismo de Derrida, que nos aprisiona dentro del texto escrito.⁵ La naturaleza de la retórica exige desde ya, como vimos, que se tome en cuenta, además del lenguaje y del texto, al autor y a su lector, u oyente. Un enfoque por vía retórica establecería, sin duda, contactos con la estética de la recepción (Jauss, 1978), con la idea de paradigmas científicos (Kuhn, 1962), y con los conceptos del lenguaje político (Pocock, 1990) y de prácticas y protocolos de lectura (Chartier, 1996).

Uno de los principales esfuerzos recientes para recuperar la retórica en el sentido estricto del término se debe a Chaïm Perelman. Tomaré una de sus obras como guía en los próximos párrafos.⁶ Perelman parte de la verificación del desprestigio de la retórica, ubicada, a partir de Aristóteles, en el campo de la opinión (*alétheia*), en oposición a la lógica que estaría en el campo de la verdad (*doxa*). La distancia entre las dos ciencias habría crecido en función de los

⁵ Para una visión general de las transformaciones en el campo de la historia intelectual y de las principales corrientes interpretativas, véase Donald R. Kelley (ed.), *The History of Ideas*, en especial la introducción y el capítulo final escritos por el organizador de la compilación.

⁶ Véase Chaïm Perelman, *Retóricas*, en especial la segunda parte del libro. Véase, también, Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *Tratado da argumentação. A nova retórica*.

grandes avances en el campo de la lógica, mientras que la retórica permanecería relegada al abandono, con una reputación que variaba entre la inutilidad y la sospecha de deshonestidad.

La estrategia de Perelman para sacar a la retórica del limbo consiste en definirla como la lógica de los juicios de valor. La retórica está dentro del dominio de la lógica en la medida en que recurre a argumentos (y no a la acción, a la sugestión o a la experiencia). Pero trasciende a la lógica en la medida en que recurre a argumentos que van más allá de la estricta racionalidad. La necesidad de recurrir a esos argumentos, por así decirlo metarracionales, se debe tanto al hecho de que la mayoría de los problemas enfrentados por los seres humanos trascienden el dominio de la racionalidad estricta porque implican juicios de valor, como a la finalidad específica de la retórica. Como ya vimos en los compendios examinados, la retórica no busca sólo convencer, operación que se realiza mediante razonamientos lógicos. Ella pretende persuadir, mover la voluntad, lo que exige una gran variedad de argumentos de naturaleza no lógica. En muchos casos, incluso en la presencia de elementos suficientes de convencimiento, es necesario el recurso de la retórica, pues el convencimiento puede ser insuficiente para conducir a la acción.

Los valores están obviamente presentes en dos de los tres géneros retóricos clásicos, el deliberativo (político), que trata de lo útil y de lo honesto, y el judicial, que trata de lo justo. Resta el género laudatorio, o epidíctico, que terminó siendo identificado con la retórica y le dio mala fama por su supuesta reducción a espectáculo, a la exhibición inútil de talentos, al puro "*delectare*". Perelman observa, entretanto, que el género laudatorio también tiene que ver con valores, ya que se destina a confirmar los valores predominantes en la sociedad y a res-

ponder las posibles objeciones futuras. También allí se solicita una adhesión del oyente, de modo que hay una finalidad que trasciende el espectáculo oratorio.

Me interesa seleccionar aquí las características de la retórica que pueden ser útiles para trabajar textos del siglo XIX. Algunas ya fueron señaladas. La primera es la relación estrecha entre los argumentos y la persona del orador. La autoridad del último (por la competencia, el prestigio, la honestidad) es un elemento importante de convicción. El orador puede, obviamente, recurrir a la autoridad de otros para sostener sus argumentos. En la retórica escolástica, como vimos, este recurso era obligatorio. Más aún, había un canon relativo a los nombres aceptados como autoridad. En el límite, la autoridad de aquel que se invoca puede remediar la falta de autoridad del orador. El argumento lógico, al contrario del retórico, separa totalmente argumento y orador o autor. La segunda característica tiene que ver con el campo de la argumentación. En la lógica, éste se encuentra cerrado dentro de un sistema, en la retórica siempre es abierto. En la lógica, la prueba liquida la cuestión. En la retórica no hay manera de definir en qué momento la "prueba" es suficiente. Siempre es posible aducir argumentos adicionales. Por ello, la necesidad de repeticiones, de redundancias y del uso de las figuras del lenguaje para persuadir al oyente o lector.

Una tercera característica de la retórica es la importancia del auditorio. Como la retórica debe ser eficaz, es necesario que el orador conozca a su público para escoger los argumentos, los estilos, la pronunciación adecuados para moverlo. Auditorios diferentes exigen argumentos y estilos diferentes. Cada auditorio tendrá sus valores, cada época tendrá sus auditorios. La variación de estilos y argumentos no puede, por lo tanto, ser motivo de crítica al orador. Él

no está violando las reglas del juego retórico. La lógica, por el contrario, está exenta totalmente de esta preocupación. Pretende sólo la validez del argumento. La aceptación o el rechazo de los oyentes no afecta esta validez. Una última característica es que la retórica permite siempre el compromiso, la modificación parcial de la posición de los opositores para llegar a un punto de acuerdo. Esto es imposible en lógica. En este sentido, la retórica es el campo del debate democrático. O, como dice Perelman, es el campo del humanismo. Al colocarla en este campo, el autor recupera la política de la reforma pombalina de mantener la retórica dentro de la enseñanza de las humanidades. Va más allá de Pombal al concebir la democracia como parte integrante del humanismo.

Un ejemplo: el *argumento ad personam*

“Uter melior dicetur Orator?
Nimirum qui homo quoque
melior.”
[¿qué orador debe ser considerado
el mejor? Sin duda, aquel que es
también el mejor hombre.]

Quintiliano

Si los indicios de la existencia en el Brasil, o en cualquier otro país, de una cultura marcada por la retórica son verdaderos, entonces el protocolo de lectura ofrecido por la forma retórica de argumentación debería resultar útil para el desciframiento de los textos producidos por esa cultura. Me refiero aquí a cualquier tipo de texto, no sólo a las piezas oratorias, religiosas o legas. Como resulta claro en el caso del propio Verney, hay también una retórica adecuada para la historia, para la geometría, para la física, para la metafísica, para la teología. Con esta conclusión intento señalar, de modo tentativo, que algunos problemas encontrados

en la práctica de la historia intelectual del Brasil podrían tener una solución más fácil con la ayuda de las sugerencias provenientes del modo retórico de argumentar.

El primero de éstos se vincula con el estilo del debate político que se encuentra sobre todo en la prensa y en los panfletos. La libertad de prensa en el Brasil fue implementada en 1821. Desde 1820, sin embargo, después de la revolución liberal de Porto, el debate político se intensificó mediante la publicación de cientos de panfletos orientados en general a la discusión sobre la permanencia o no del rey en el Brasil, y después en torno de las alternativas abiertas por la independencia. A partir de 1821 aparecieron varios diarios que representaban grupos, facciones, o incluso individuos aislados. Muchos de los principales políticos de la época, y algunos de los principales intelectuales (a menudo eran las mismas personas), tenían su diario. En general de corta vida, estas hojas eran el principal vehículo del debate político y cumplieron un papel importante en el aprendizaje democrático.

Una de las características señaladas por todos los que estudiaron esos panfletos y diarios es la violencia del lenguaje, el ataque personal, el *argumento ad personam*. Casi todos los diarios prometen en el primer número adoptar una posición equilibrada, un debate elevado de ideas. Muchos asumen de manera explícita el papel de educadores de la opinión, de pedagogos de la ciudadanía, o, en el lenguaje de la época, de divulgadores de las luces. El mismo nombre del diario refleja a veces tal propósito.⁷ Sin embargo, la promesa se rompe de inmediato. Unos más que otros, y con la

⁷ Éste es el caso, por ejemplo, del diario *A Nova Luz Brasileira*. Respecto de este diario, véase Marcello Otávio Neri de Campos Basile, “A gestação do espaço público e da cultura moderna na corte imperial: *A Nova Luz Brasileira* e a pedagogia política do cidadão”.

única excepción del *Jornal do Comércio*, dirigido al público de Río, comienzan a atacar y agredir. Incluso diarios dirigidos por los más importantes políticos de la época, como los de los Andrada, no escapan al lenguaje violento. En algunos casos, la agresión trasciende el dominio verbal y se manifiesta en agresiones físicas y atentados contra la vida de periodistas. La ruptura sistemática de las promesas no impide que los nuevos diarios que surgen repitan el mismo ritual de prometer y no cumplir. El fenómeno fue reconocido por uno de los mejores y más equilibrados políticos y periodistas de la época, Evaristo da Veiga. Él hablaba con conocimiento de causa pues, no obstante ser moderado, fue víctima de un atentado con balas. Según Evaristo, la mayor parte de los diarios se dedicaban a lanzar invectivas más que a argumentar, llenaban sus páginas con nombres propios antes que con doctrinas. Y confiesa: "en esta parte también nos confesamos culpable o arrastrado por la fuerza de la corriente".⁸

La explicación que siempre encontré para este fenómeno, y que es compartida por otros analistas, es la de la inexperiencia de todos en el debate político democrático. El despotismo político, del cual la censura de las ideas y de los escritos era una parte esencial, no había permitido el aprendizaje del debate de ideas. No se habían establecido aún reglas civilizadas para el debate. De este modo, se transferían para el debate político público las prácticas del debate privado, que con frecuencia recurrían al ataque personal. Obviamente, había un problema de formación del espacio público, en el sentido que Hannah Arendt da a la pala-

bra. Más aún, ese espacio se formaba ante la ausencia de una esfera pública en el sentido habermasiano del término. De allí que las prácticas de la esfera privada se transferían directamente para la política sin la intermediación del aprendizaje del debate público no político.

Sin embargo, hay en la explicación una visión quizás excesivamente negativa del fenómeno de la violencia verbal, que es visto como inmadurez, falta de educación, incivilidad. Pero mirada por el prisma de la retórica, esta imagen negativa puede ser matizada. Como vimos, en el argumento retórico no se separan la autoridad del orador y la del argumento. En la concepción de la retórica adoptada por la reforma pombalina, tributaria de la tradición cívica romana, es aún más clara la exigencia de la virtud del orador como garantía de la capacidad persuasoria del argumento. En el género retórico deliberativo, sobre todo, que es el que se aplica al debate político, no se puede decir "hagan lo que yo digo, no lo que yo hago".

Ahora bien, la gran mayoría de los principales periodistas de la época tenían sin duda conocimientos de retórica. Por cierto, éste era el caso de todos los que tenían estudios superiores y de todos los sacerdotes. Era también el caso de todos los que habían cursado en las aulas regias. Quedaban afuera apenas algunos autodidactas. Y éstos también podían estar familiarizados con la ciencia del buen hablar, pues, como vimos, podían tener acceso a compendios especiales para los que no quisiesen o no pudiesen asistir a las aulas. No sería desatinado suponer que aplicaban en sus diarios las nociones de retórica aprendidas en las aulas. Entre ellas estaría la que exige al orador virtud, competencia y honestidad. La exigencia era particularmente adecuada pues casi todos, si no todos, los periodistas eran al mismo tiempo políticos. Muchos eran pe-

⁸ Citado en Isabel Lustosa, "Insultos impressos. A guerra dos jornalistas na Independência", p. 314. Esta tesis de doctorado se dedica precisamente a examinar la presencia de la agresión verbal en los diarios de la época de la independencia.

riodistas por ser políticos, y el periodismo no era más que un medio para hacer política. Por lo tanto, no estaban sólo debatiendo en forma abstracta cuestiones que implicaban valores y principios. Debatían acerca de su propia acción política y de la acción de los adversarios.

Como retóricos, sabían también que la eficacia de la argumentación dependía de un buen conocimiento del público. La confesión de Evaristo da Veiga es reveladora. Él dice ser arrastrado por la fuerza de la corriente. La corriente (el público) empujaba en la dirección del argumento personal. Los que se negasen a adherir a este estilo tendrían una eficacia limitada, estarían en desventaja. No hay estudios satisfactorios sobre el público lector en Río de Janeiro en la década de 1820. Por cierto, era pequeño. Una ciudad de cerca de 100.000 habitantes tenía apenas trece librerías y siete tipografías. Si bien representaba más que las cinco librerías y cuatro tipografías de Buenos Aires, no era nada en comparación con las 480 librerías y 850 tipografías existentes en París, aun teniendo en cuenta que la capital francesa tenía una población siete veces mayor.⁹ La impresión que se tiene, no obstante, es que el auditorio, el público lector de los periodistas-políticos, eran ellos mismos. Hay un permanente debate entre los diarios y entre sus redactores. La falta de un público más amplio, de una opinión pública capaz de mediar en el debate, puede ser vista como un factor de exacerbación de los ataques personales, de modo tal que incluso las personas que preferían una discusión centrada en principios eran arrastradas por la corriente.

Hablo del *argumentum ad personam*, que implica la descalificación del adversa-

rio. Debe ser distinguido del *argumentum ad hominem*, que no ataca a la persona sino a argumentos específicos de ciertos adversarios o auditorios. En debates políticos, el *argumentum ad hominem* es casi inevitable. Sólo podrían ser evitados en altas discusiones filosóficas que suponen un auditorio universal. Los dos tipos de argumento se confunden fácilmente, en la medida en que descalificar un argumento desmoraliza a su autor. Pero la agresión personal directa es sin duda una práctica que debe ser tratada como indicadora de un estilo específico de argumentación.¹⁰

Un ejemplo: el argumento de autoridad

Comenzamos la discusión sobre la retórica con la observación de Oliveira Viana sobre la necesidad que tenían los autores brasileños de citar autores extranjeros como una condición para la aceptación por parte de sus pares. El argumento de prestigio, sobre todo el de autoridad, pertenece a la práctica común de la retórica. Fue, como observan Perelman y Olbrechts-Tyteca, el tipo de razonamiento más atacado por haber sido muy usado contra los avances científicos (p. 348). A pesar de los abusos, no puede ser descartado, ya que muchas cuestiones son controvertidas y la opinión de los especialistas puede ser útil para la persuasión. La jurisprudencia, por ejemplo, ampliamente usada en la argumentación jurídica, no es otra cosa que un argumento de autoridad. Si se considera la importancia que tiene para la retórica la autoridad del autor, u orador, es fácil percibir el recurso a otros autores como parte de la táctica para reforzar la propia autoridad.

⁹ La información sobre librerías y tipografías se encuentra en Laurence Hallewell, *O livro no Brasil (sua história)*, pp. 47, 52.

¹⁰ Sobre la distinción entre los dos tipos de argumento, véase Perelman y Olbrechts-Tyteca, *Tratado da argumentação*, pp. 125-129.

Por cierto, en la tradición retórica portuguesa la citación abundante de autores era algo generalizado. Verney la identifica como uno de los vicios que condena. En sus palabras: “Este deseo de parecer erudito con la repetición de mil pasajes de autores ha alucinado a una infinidad de personas. Conocí a alguien que no abría la boca sin repetir un verso de Marcial, de Juvenal, etc.” (p. 89). Ya vimos que en Coimbra, durante el período jesuítico, había una definición rígida de los autores aceptados como autoridades: Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. La reforma pombalina no afectó esta característica de la enseñanza; sólo cambiaron los autores. En los estudios menores, en las “Instrucciones para los profesores de retórica” por ejemplo, se señalan con precisión los autores que deben usarse, tanto antiguos como modernos. Lo mismo se hace para los profesores de griego, latín y hebreo. En la reforma de los estudios mayores (Universidad de Coimbra) estaba presente la misma preocupación. En la filosofía racional, por ejemplo, Aristóteles era sustituido por Antonio Genovesi. En el derecho, Bártolo debía ser sustituido por Cujácio, cuya escuela debía ser seguida “inviolable y uniformemente [...] por todos los profesores, tanto en las disertaciones y escritos, como en las lecciones públicas”.¹¹ Los esfuerzos para introducir el experimentalismo lockeano, que desplazaba la prueba al experimento y a la observación, tuvieron un éxito apenas parcial y poco duradero.

De todos modos, este rasgo del estilo, o de la retórica portuguesa, se trasladó al Brasil y tal vez esté presente hasta hoy. Si se cambian los poetas Marcial y Juvenal por otros nombres, la observación de Verney continuaría siendo válida. Lo que se sugiere aquí es que el fenómeno omnipresente de

la cita de autores extranjeros, y de la concomitante importación de ideas, no debe ser visto apenas como un indicador de dependencia intelectual, ni como una ubicación correcta o incorrecta de las ideas. Se sugiere que una clave útil de lectura puede encontrarse en el estilo de razonamiento. Dentro de la tradición brasileña, el argumento de autoridad era un requisito indispensable, era un recurso de argumentación, una retórica. En principio, por lo tanto, la cita de un autor extranjero no significaba necesariamente la adhesión a sus ideas, no obstante pudiese significarlo.

Hay varios casos documentados de usos de citas que no se corresponden con el pensamiento citado. La operación puede darse por medio de arrancar frases aisladas o aspectos secundarios, o por la pura distorsión. El primer caso fue mostrado por João Quartim de Moraes en relación con el uso que hace Oliveira Viana del pensamiento del publicista y antropólogo español Joaquín Costa (Moraes, 1993). El segundo se encuentra en el análisis de Luís Costa Lima sobre la lectura que hace Euclides da Cunha de las teorías raciales de Gumpłowicz (Lima, 1997, cap. 1). La noción de guerra de razas como motor de la historia, adoptada por Euclides como núcleo de su argumentación y atribuida por él a Gumpłowicz, no se correspondería, según Costa Lima, con el pensamiento de este autor. Además, el uso de autores extranjeros podría tener un carácter puramente instrumental, como mostré en el estudio sobre el pensamiento de los consejeros de estado. Los mismos autores o las mismas prácticas se usaban para justificar políticas radicalmente distintas. Ejemplos como éstos podrían multiplicarse con facilidad.

Si no se trata, por consiguiente, de simple dependencia o de simple mimetismo, tampoco hay que considerar el fenómeno como deshonestidad intelectual. Las distor-

¹¹ Citado en Carvalho, *As reformas pombalinas*, p. 164.

siones eventuales pueden ser involuntarias. Como lo importante era citar, las lecturas a menudo eran superficiales, y muchas veces se basaban en comentaristas. Muchos tomaban conocimiento de autores extranjeros por medio de artículos de divulgación publicados, por ejemplo, en la *Révue des Deux Mondes*. El hecho de que raramente se reclamase la fidelidad de las citas indica la aceptación de su carácter retórico e instrumental. La respuesta a la cita de un autor, o de un grupo de autores, consistía en general en citar a otro autor, o grupo de autores. La disputa se desplazaba, entonces, hacia la cuestión de saber qué autores tenían más autoridad, o más aceptación por parte del público.

De allí se deduce que la cita en sí, y ni siquiera su contenido, constituyen el punto central del análisis. Para el historiador de las ideas, ella puede constituir más un obstáculo, una trampa, que una pista sólida de explicación. La estrategia de lectura debe, por consiguiente, traspasar esa barrera retórica para intentar llegar a lo que podría estar más cerca del sentido del autor, o incluso, del sentido de los lectores. En el mejor de los casos, se podría hacer una lista de los autores más citados e intentar establecer la existencia o no de un canon de autores del pensamiento político, filosófico, jurídico, económico. Un canon escogido ahora libremente y no impuesto, como en los antiguos tiempos de Coimbra.

Sin embargo, permanece una pregunta: ¿a qué se debe la larga vida de la práctica de citar autores extranjeros? El recurso al argumento de autoridad quizá se deba a las mismas razones del fracaso de la reforma de Verney: el desplazamiento de la prueba hacia la evidencia empírica, científica, exigiría el desarrollo de la práctica científica. Aún a fines del siglo XIX, la investigación científica en el Brasil apenas caminaba. Un geólogo norteamericano decía en 1883 que

“what passed for science in Brazil was characterized by an almost complete absence of investigation”. El fenómeno era reconocido por los mismos brasileños. Un informe de 1882 referido a la enseñanza en los liceos señala su naturaleza casi exclusivamente literaria. Sus alumnos iban a las facultades de donde saldrían doctores incapaces de *ver* la naturaleza, pero prontos para sustentar con todas las pompas de la retórica “las hipótesis más inverificables sobre la existencia de lo incognoscible”. Se formaba así un pueblo de charlatanes e ideólogos. Es sin duda una ironía el hecho de que el relator del informe, Rui Barbosa, haya sido el mayor charlatán que el país haya tenido.¹²

Incluso los médicos (como Manoel Bonfim, citado en el inicio de este trabajo) y los ingenieros, supuestamente entrenados en los métodos y el lenguaje de la ciencia, eran víctimas del mismo fenómeno. En las facultades de medicina y de ingeniería, la enseñanza se basaba casi siempre en libros, ya que en casi todas faltaba la práctica de laboratorio y de investigación. Ante la ausencia de la práctica científica, permanecía la necesidad del argumento de autoridad. Se citaban investigadores e investigaciones de otros países.

Pero no sólo sobrevivió la práctica de citar autores extranjeros. El propio lenguaje científico nacional se mantuvo dentro del estilo retórico de argumentación y dicción. Las corrientes científicas que invadieron el país en la segunda mitad del siglo pasado no produjeron científicos. El positivismo y el evolucionismo, por ejemplo, tuvieron innumerables seguidores pero no modificaron la práctica de la ciencia. Produjeron ingenieros, médicos, militares, que sabían filosofar sobre la ciencia y el mundo, sin saber

¹² Para las citas de Derby y del informe de Rui Barbosa, véase José Murilo de Carvalho, *A Escola de Minas de Ouro Preto*, p. 39.

hacer ciencia. Y filosofaban en el mejor estilo retórico, en el que el brillo de la frase, su calidad literaria, la variedad de los tropos, eran más importantes que su veracidad. Naturalmente, de ellos se esperaba brillo, aun cuando hablaban en contra del vicio de la retórica.

Conclusión

“El gran uso del lenguaje simulado, o alegórico, nos vino [...] de las intrigas y traiciones de los diplomáticos e inquisidores del Despotismo.”

Nova Luz Brasileira

Obviamente, la utilidad del uso de la retórica como clave de lectura no se limita a los aspectos señalados antes. Estos aspectos, además, se vinculan más con elementos externos al texto. Un próximo paso consistiría en desplazar el análisis hacia el interior de los textos con el fin de verificar en qué medida están presentes las reglas del argumento retórico. En este caso la atención debería dirigirse, sobre todo, a la elocución, al modo de decir, al estilo. En la elocución, tradicionalmente considerada como la parte esencial de la retórica (cómo se dice es más importante que qué se dice), se encuentran los ornatos del lenguaje, los instrumentos de persuasión. En ella aparece el uso de las figuras del lenguaje, sobre todo de los tropos. Un aspecto que se debería verificar, por ejemplo, es el del predominio de ciertos tropos, como la parodia, la ironía, el sarcasmo, la antífrasis. O de ciertas figuras del lenguaje más apropiadas a la persuasión y al sentimiento, como el apóstrofe, la imprecación, la prosopopeya, la prosopografía, la hipérbole. Este trabajo aún no se ha realizado.

Algunos periodistas de la época de la independencia percibían con claridad la im-

portancia de la retórica. Éste es el caso, por ejemplo, del ya citado *Nova Luz Brasileira*. Los redactores de este diario, un farmacéutico y un funcionario público, solían estar envueltos en medio de una batalla lingüística que se vinculaba con el contenido y la forma, esto es, la retórica. A cierta altura, por ejemplo, atacan a las personas que afirman tener oídos delicados y que no sopor- tan un lenguaje directo, sin eufemismos,

[...] el lenguaje de la verdad, el lenguaje de los buenos tiempos de la antigüedad, el lenguaje que entiende un pueblo sincero aún no aficionado a la cortesanía de Cortes corrompidas, el lenguaje que tiene todo ciudadano honrado.¹³

Estas personas delicadas fruncen la nariz, por ejemplo, cuando un ladrón es llamado ladrón, un canalla, canalla. El lenguaje “delicado” llama al robo desperdicio, al crimen chanza, con el fin de reducir la gravedad de la transgresión. El diario pretende restaurar lo que sería la virtud antigua, no desfigurada por los hábitos cortesanos.

Hay un ataque directo a lo que sería un estilo retórico de escribir:

El gran uso del lenguaje simulado, o alegórico, nos vino de los esclavos del Oriente, compositores de mil y una noches; nos vino de las intrigas, y traiciones, de los diplomáticos e inquisidores del Despotismo; y es por lo tanto impropio de Americanos Constitucionales, incluso porque es dañino para la causa pública.

La visión de la retórica es claramente negativa, pues implica simulación al servicio del despotismo. En términos retóricos, llamar

¹³ A *Nova Luz Brasileira*, 12/1/1830. Agradezco a Marcello Basile por haber permitido el acceso a sus notas sobre el diario. Todas las citas de la *Nova Luz Brasileira* fueron extraídas de su artículo “A gestação do espaço público”.

desperdicio al robo sería, por ejemplo, una catacreción, el uso de un término impropio para expresar una idea. La percepción de las connotaciones políticas presentes en la retórica predominante es muy fructífera para el tipo de análisis que se propone aquí. La guerra política termina siendo una guerra contra la retórica, o, mejor, una guerra de retóricas.

Es obvio que la retórica, incluso utilizada en todo su potencial heurístico, no agota las posibilidades del análisis lingüístico de los panfletos y diarios. Queda mucho por hacer, sobre todo en lo que concierne al contenido de los textos. A modo de ejemplo, hubo durante el período de la independencia lo que un participante de los debates llamó "guerra de ideas". En esta guerra, la retórica era una de las armas principales, pero había muchas otras vinculadas con la semántica o con el tipo de lenguaje utilizado. Se puede detectar, por ejemplo, en una escala naturalmente mucho más modesta, un fenómeno semejante al de la creación de un nuevo lenguaje político durante la Revolución Francesa, en el sentido en que lo estudió Jacques Guilhaumou (Guilhaumou, 1989). El nuevo lenguaje brasileño se basaba en algunas concepciones centrales, como la libertad, el constitucionalismo, el gobierno mixto (monarquía liberal), la representación, el contrato social, el patriotismo.

Algunos diarios percibieron con mucha claridad la necesidad de crear este nuevo lenguaje y de inculcarlo a los ciudadanos, educándolos para los nuevos tiempos. Una

vez más, *A Nova Luz Brasileira* vio el problema con más claridad. Su contribución más importante en este sentido fue la publicación de un diccionario político destinado a llevar las luces a quienes aún se encontraban en las tinieblas. Se trata de una fuente extraordinaria para el estudio de los cambios semánticos en curso. Algunas de las definiciones incluidas en el diccionario constituyen verdaderas inversiones semánticas. La primera definición, por ejemplo, es la de la palabra pueblo. El pueblo es el conjunto de los ciudadanos libres. Se distingue de la plebe, que es gente mala, llena de vicios, bajezas y malas costumbres. Hasta ahí, todo es normal. ¿Pero quién constituye la plebe según el diario? Aquí viene la inversión. La plebe son los hidalgos, los negociantes ricos, los altos empleados. Los carbonarios, por otro lado, son definidos como ciudadanos virtuosos, perseguidos por la Santa Alianza. Ateos prácticos son los jesuitas. Rebelión es el ataque de los tiranos contra el pacto social. Insurrección es el levantamiento de los ciudadanos virtuosos en defensa del mismo pacto.

Tanto la retórica como estos otros instrumentos del análisis lingüístico constituyen campos aún poco explorados que se abren para quienes se interesan por la historia intelectual. Este artículo pretende sugerir la potencialidad del uso de tales instrumentos. Si no convencí ni persuadí, tal vez sea porque el modo de decir, la retórica, no estuvo a la altura de lo que fue dicho. □

Bibliografia

- Almeida, Anita Correia Lima de (1995), "A República das Letras na corte da América Portuguesa: a reforma dos Estudos Menores no Rio de Janeiro setecentista", Tesis de maestría, Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Andrade, Antônio Alberto Banha de (1981), *A reforma pombalina dos Estudos Secundários (1759-1771)*, Coimbra, Por Ordem da Universidade, 2º volumen.
- Araujo, Ricardo Benzaquen (1988), "Ronda noturna: narrativa, crítica e verdade em Capistrano de Abreu", *Estudos Históricos*, vol.1, No. 1, pp. 28-54.
- Barreto, Vicente y Antônio Paim (1989), *Evolução do pensamento político brasileiro*, Belo Horizonte, Itatiaia/Edusp.
- Barros, Roque Spencer Maciel de (1959), "A ilustração brasileira e a idéia de universidade", Tesis de Livre docencia, Universidade de São Paulo.
- Basile, Marcello Otávio Neri de Campos (1997), "A gestação do espaço público e da cultura política moderna na corte imperial: a *Nova Luz Brasileira* e a pedagogia política do cidadão", Rio de Janeiro, mimeo.
- Bomfim, Manoel (1993), *A América Latina. Males de origem* (1a. ed., 1905), Rio de Janeiro, Topbooks.
- Braga, Teófilo (1892-1902), *História da Universidade de Coimbra nas suas relações com a instrução pública portuguesa*, Lisboa, Tip. da Academia Real de Ciências.
- Carvalho, Laerte Ramos de (1978), *As reformas pombalinas da instrução pública*, San Pablo, Saraiva/Edusp.
- Carvalho, José Murilo de (1978), *A Escola de Minas de Ouro Preto. O peso da glória*, Rio de Janeiro, FINEP/Cia. Editora Nacional.
- (1996), *I A construção da ordem: a elite política imperial. II Teatro de sombras: a política imperial*, Rio de Janeiro, Editora da UFRJ/Relume-Dumará, 2a. edición.
- (1991), "A utopia de Oliveira Viana", *Estudos Históricos*, vol. 4, No. 7, pp. 82-99.
- Carvalho, Maria Alice Resende de (1997), "O quinto século. André Rebouças e a construção do Brasil", Tesis de doctorado, Rio de Janeiro, Instituto Universitário de Pesquisas.
- Chacón, Vamireh (1977), *História das idéias sociológicas no Brasil*, San Pablo, Grijalbo.
- (1965), *História das idéias socialistas no Brasil*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Chartier, Roger (1996), "Do livro à leitura", en Roger Chartier (ed.), *Práticas da leitura*, San Pablo, Estação Liberdade, pp. 77-105.
- Costa, João Cruz (1956a), *Contribuição à história das idéias no Brasil*, Rio de Janeiro, José Olympio.
- (1956b), *O positivismo na República*, San Pablo, Cia. Editora Nacional.
- Crippa, Adolpho (coord.) (1978), *As idéias filosóficas no Brasil. Séculos XVII e XIX*, San Pablo, Convívio.
- Ferreira, Silvestre Pinheiro (1813-1820), *Preleções philosophicas sobre a theórica do discurso e da linguagem, a estética, a diceósyna, e a cosmologia*, Rio de Janeiro, Na Imprensa Régia.
- Franco, Maria Sylvania de Carvalho (1976), "As idéias estão no lugar", *Cadernos de Debate*, No. 1, San Pablo, Brasiliense, pp. 61-64.
- Gama, Miguel do Sacramento Lopes (1846), *Lições de eloquência nacional*, Rio de Janeiro, Paula Brito.
- Guilhamou, Jacques (1989), *La langue politique et la Révolution Française. De l'événement à la raison linguistique*, París, Méridiens Klincksieck.
- Hallewell, Laurence (1985), *O livro no Brasil (sua história)*, San Pablo, Edusp.
- Holanda, Sérgio Buarque de (1984), *Raízes do Brasil*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1a. ed., 1936.
- Jauss, H. R. (1978), *Pour une esthétique de la réception*, París, Gallimard.
- Kelley, Donald R. (1990), *The history of ideas. Canon and variations*, Rochester, University of Rochester Press.
- Kuhn, Thomas S. (1962), *The structure of scientific revolution*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Lamounier, Bolívar (1977), "Formação de um pensamento político autoritário na Primeira República: uma interpretação", en Boris Fausto (ed.), *História geral da civilização brasileira. O Brasil republicano*, t. II, San Pablo, Difel.
- Lima, Heitor Ferreira (1976), *História do pensamento econômico no Brasil*, San Pablo, Brasiliense.
- Lima, Luís Costa (1997), *Terra ignota. A construção de Os Sertões*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Lustosa, Isabel (1997), "Insultos impressos: a guerra dos jornalistas na Independência", Tesis de doctorado, Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro.
- Machado Neto, A. L. (1969), *História das idéias jurídicas no Brasil*, San Pablo, Grijalbo.

- Medeiros, Jarbas (1978), *Ideologia autoritária no Brasil, 1930-1945*, Rio de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas.
- Menezes, Bento Rodrigo Pereira de Soto-Maior e (1794), *Compêndio retórico, ou arte completa de retórica com método fácil para toda a pessoa curiosa, sem frequentar as aulas saber a arte da eloquência: toda composta das mais sábias doutrinas dos melhores autores, que escreveram desta importante sciencia de falar bem*, Lisboa, Na Officina de Simão Thaddeo Ferreira.
- Mercadante, Paulo (1965), *A consciência conservadora no Brasil*, Rio de Janeiro, Saga.
- Miceli, Sérgio (1979), *Intelectuais e classe dirigente no Brasil, 1920-1945*, San Pablo, Difel.
- Merquior, José Guilherme (1990), "O outro ocidente", *Presença*, No. 15.
- Moraes, João Quartim de (1993), "Oliveira Viana e a democratização pelo alto", em Élide Rugai Bastos y João Quartim de Moraes (eds.), *O pensamento de Oliveira Viana*, Campinas, Ed. da Universidade Estadual de Campinas, pp. 87-130.
- Morse, Richard M. (1882), *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI.
- Mota, Carlos Guilherme (1978), *Ideologia da cultura brasileira (1933-1974)*, San Pablo, Atica.
- Nabuco, Joaquim (1975), *Um estadista do Império*, Rio de Janeiro, Nova Aguilar.
- Paim, Antônio (1967), *História das idéias filosóficas no Brasil*, San Pablo, Grijalbo.
- (1980), *Plataforma política do positivismo ilustrado*, Brasília, Ed. da Universidade de Brasília.
- Pecaut, Daniel (1989), *Entre le peuple et la nation. Les intellectuels et la politique au Brésil*, Paris, Maison des Sciences de l'Homme.
- Pereira, José Saturnino da Costa (1834), *Elementos de lógica, escriptos em vulgar e apropriados para as escolas brasileiras*, Rio de Janeiro, R. Ogier.
- Perelman, Chaïm (1977), *Retóricas*, San Pablo, Martins Fontes.
- Perelman, Chaïm e Lucie Olbrechts-Tyteca (1996), *Tratado da argumentação. A nova retórica*, San Pablo, Martins Fontes.
- Pocock, J. G. A. (1990), "The concept of a language and the métier d'historie: some considerations on practice", en Anthony Pagden (ed.), *The languages of political theory in early modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Santos, Wanderley Guilherme dos (1978), *Ordem burguesa e liberalismo político*, Rio de Janeiro, Duas Cidades.
- Schwarz, Roberto (1977), *Ao vencedor as batatas*, San Pablo, Duas Cidades, publicado inicialmente en *Estudos CEBRAP*, No. 3, 1976.
- Verney, Luís Antônio (1991), *Verdadeiro método de estudar (Cartas sobre retórica e poética)*, Introducción y notas de Maria Lucília Gonçalves Pires, Lisboa, Editorial Presença.
- Vianna, Luiz Werneck (1997), *A revolução passiva. Iberismo e americanismo no Brasil*, Rio de Janeiro, Revan.